Efraín Huerta

Anecdotario crítico

Margarita Peña

A modo de introducción

La poesía asume tantas modalidades y estilos cuantos poetas son y han sido. Esta verdad de Perogrullo me permite introducirme en el mundo literario de Efraín Huerta y consignar, al abrir su *Poesía completa* (FCE, 1988), la modalidad de lo trascendente, el compromiso con la realidad y la palabra; el sentimiento herido, la indignación, el grito y el amor que desalojan las fruslerías (o preciosuras, permítaseme el neologismo) del lenguaje, las percepciones etéreas y vanas, la expresión afiligranada, a veces vacua, usuales en algunos poetas. Las sutilezas, en Huerta, se vuelven verdades; el verso deja de ser simplemente el vehículo para endulzar el oído dando cabida, haciendo lugar a la rebeldía; al vocablo rudo y necesario, a la interjección que expresa dolor y lágrimas, inconformidad, azoro o rabia, lejos del esteticismo prescindible; de la inútil, por vacua, fruición del lenguaje. Pienso concretamente en ese poema de Huerta —prosa con ritmo poético— que es "Responso por un poeta descuartizado"; que acumula "maldición y blasfemia", "aparición, pesadilla" y equivaldría, en lo plástico, a una pintura negra de Goya o a un mural de Orozco. Es el de Huerta expresionismo poético, alejado de amaneramientos y suaves juegos verbales. La premonición de la muerte, como en Villaurrutia (al que no por nada rendía culto), apuntalada en inconformidad, desesperación es lo que escuchamos cuando Huerta exclama aludiendo entre líneas a un poeta que fuera de sobra conocido:

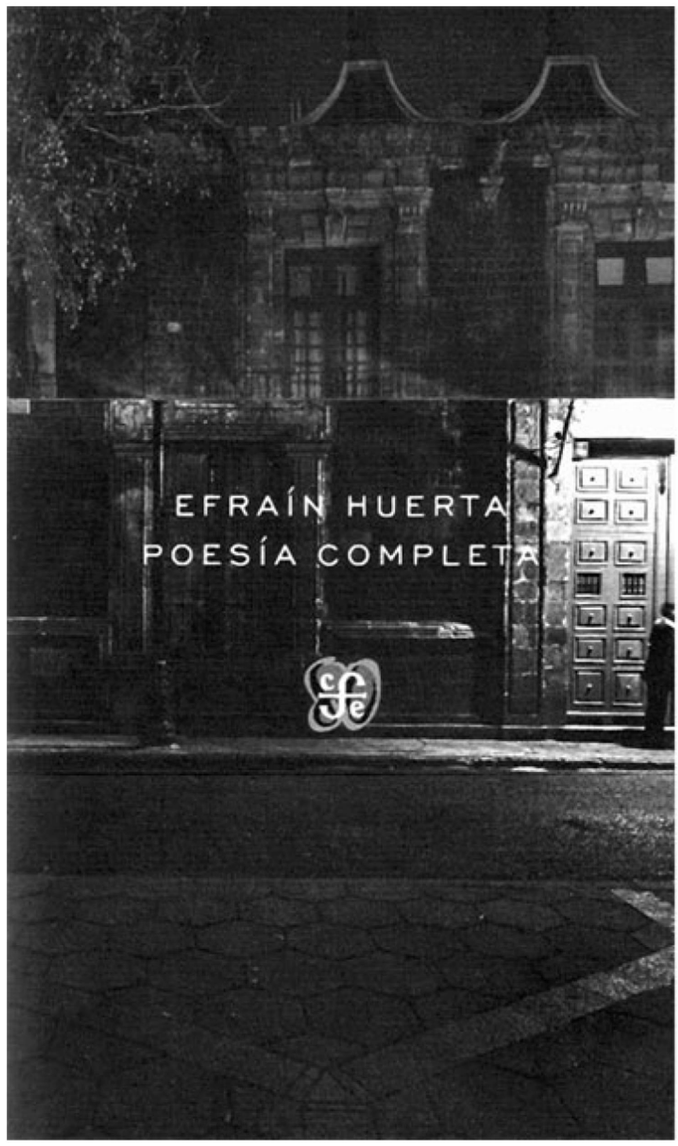
"Claro está que murió —como deben morir los poetas, maldiciendo, blasfemando, mentando madres, viendo apariciones cobijado por las pesadillas. Claro que así murió y su muerte resuena en las malditas habitaciones / donde perros, orgías, vino griego, prostitutas francesas, donceles y príncipes se rinden / y le besan los benditos pies…".

Es decir, el verdadero poeta es un desahuciado al que sus propios modelos extranjerizantes rinden pleitesía. Las últimas palabras aludirían a Darío y el modernismo en una enumeración que apunta al sarcasmo. En cuanto al estilo, aquí —desde la palabra que se vuelve interjección a las asociaciones con tópicos periclitados que van de "orgías" hasta "príncipes" — estamos ante un estilo que es conjunción poética de la evocación de imágenes típicas de ese modernismo que él rehúye pero acaba por invocar (como si se sintiera por él apadrinado), y la desesperación de la muerte. Habría una declaración en Huerta de una poesía sustancial; humana, demasiado humana; existencial frente a la mera retórica y el eufemismo.

Aventuras y avatares

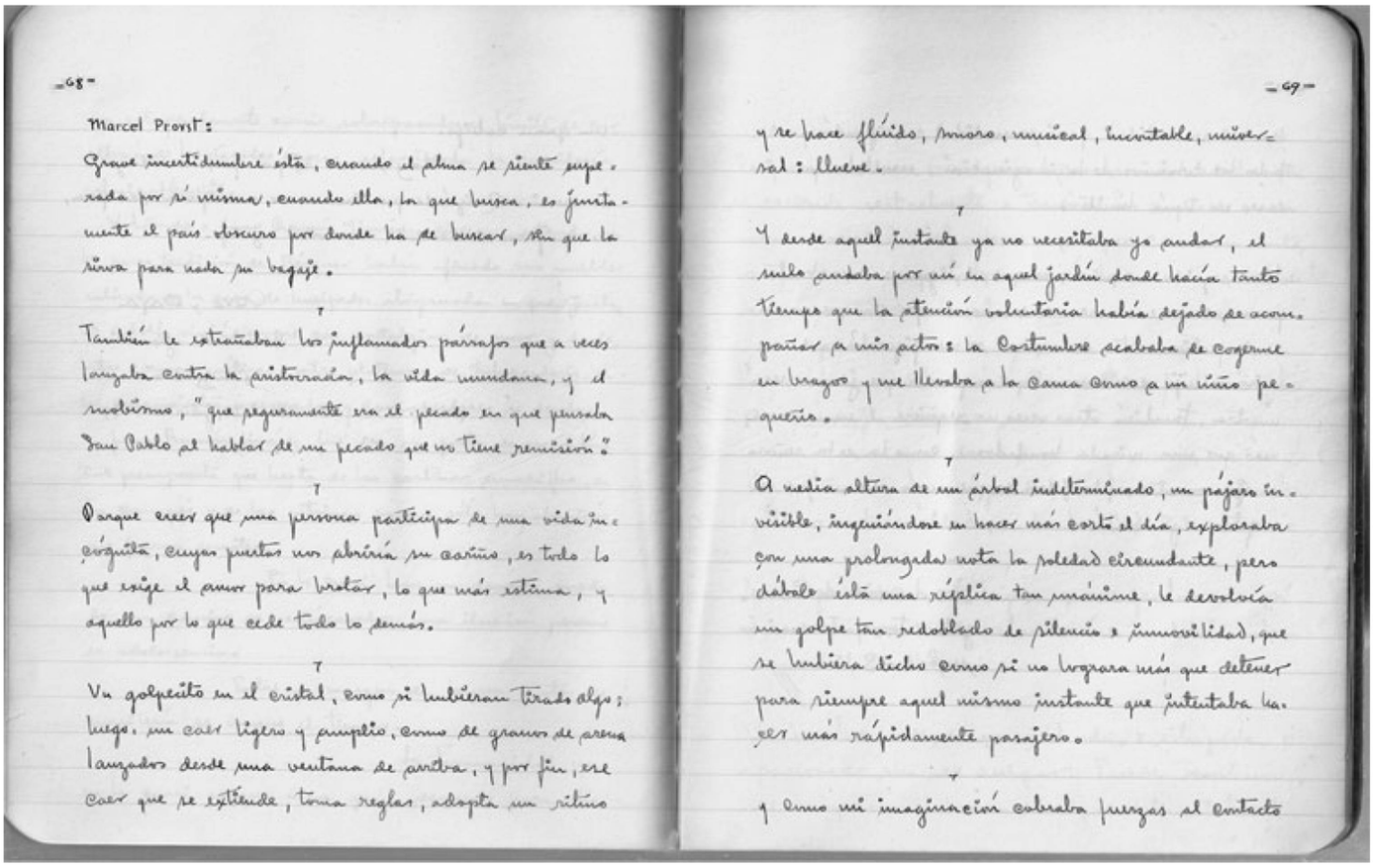
Conocí a Efraín Huerta por los años sesenta, cuando un grupo de muchachas intrépidas, en el que me contaba, decidió fundar *El Rehilete,* revista literaria dirigida por mujeres que vendría a ser algo así como la sucesora de la famosa revista *Rueca.* Para lograr nuestro empeño nos asesoramos con la sensata opinión de catedráticos como María del Carmen Millán, Ernesto Mejía Sánchez, Antonio Alatorre, apoyándonos en la amistad de Luis Mario Schneider y la presencia de don Efraín Huerta (porque para entonces ya era un "don"). La revista iba viento en popa, amiga de revistas nacientes como *El Corno Emplumado*, que fundaron Sergio Mondragón y Margaret Randall. De lejos nos contemplaban con cordialidad los *Cuadernos del Viento*, dirigida por Huberto

Batis y Carlos Valdés, y la *Revista de Bellas Artes*, también bajo la dirección de Huberto Batis, quien andaba no recuerdo si en buenos o malos términos con la *Revista Mexicana de Literatura*, una suerte de antecedente de *Letras Libres*, integrada por Tomás Segovia y otros literatos egregios (se sentían y lo eran). Toda una aventura, la creación de una revista literaria. De más lejos aun, hacía como que no nos veía —y nosotras sí la veíamos— la sofisticada *S.Nob*, excelente publicación concebida y dirigida por Salvador Elizondo, que en ella daba rienda suelta a sus pasiones literarias y a veces se dejaba ver o sentir en persona. Es decir, se asomaba, participaba. Como, por ejemplo, en la exposición de revistas que acompañó al Primer Encuentro de Escritores Latinoamericanos, encuentro memorable, y exhibición para la cual tuve la mala ocurrencia de prestar mi propia colección de *S.Nob* que, claro, no volvería a mis manos. Pero el caso es que el afamado congreso, o encuentro, precursor de tantos más que se celebran en la Ciudad de México, Morelia *et al.* hasta hoy, no hubiera sido posible sin la generosa y fraternal intervención de Efraín Huerta, quien consiguió como sede para su realización el lugar *ad hoc*, nada menos que el Club de Periodistas, calle Filomeno Mata (actualmente, si no me equivoco, con el mismo nombre y dirección). A la convocatoria colectiva respondieron poetas aquende y allende. Recuerdo especialmente a Raquel Jodorowsky quien, según se dijo, había vendido el piano para poder viajar de Argentina a México. Aquí se quedó, se aclimató; diseñaba bellas joyas artesanales. Le compré un anillo de madera oscura y fina con un pulido jade, que luego perdería cuando se me extravió una maleta entre París y Madrid. Recuerdo asimismo a Grinberg, de Argentina, no sé si buen poeta pero activo promotor de poesía desde la pampa. Y de nuevo a nuestro llorado amigo y erudito Luis Mario Schneider, que a la larga se refugiaría en Malinalco, en donde construyó una especie de capilla "mariana", y que a las escritoras de *El Rehilete* solía llamarnos con un apelativo amistoso: "¡Ché muñeca!". Se puede ubicar ese encuentro iniciático en el apartado de "avatares", complementado por la sistemática presencia en las varias sesiones de un joven que solía asistir ataviado con túnica romana y a quien, por buen nombre, apodamos *El Ensabanado*. Todo era rejuego intelectual y gozo. Y por supuesto, mucha, mucha, mucha poesía. Efraín Huerta, poeta por antonomasia, además de generoso anfitrión era el poeta estrella.



De la ironía, el absurdo… y la mujer

Colindaba en Efraín Huerta la desolación de la muerte con lo festivo, el gusto por la vida, por los otros, la otredad, la amistad y, en términos lingüísticos, hasta el chiste, expresado como juego de palabras o retruécanos. Sus "poemínimos" —ironía e ingenio que rozan el absurdo— son muestra de ello. Por ejemplo, "Paseo I": "Ahorita / vengo… / Voy a dar / Un paseo / Alrededor / De mi vida… / Ya vine". Otro: "Mandamiento": "No / Desearás / La / Poesía / De / Tu / Prójimo". O bien, con picardía: "Plagio XVIII": "La que / Quiera / Azul / Celeste / Que / Se / Acueste"; otro más, referido a sí mismo citando su propia ficha en el *Diccionario Larousse*: "1914. Autor / De versos / De contenido social. / Embustero / Larousse. Yo sólo / Escribo / Versos / De contenido / Sexual". En cuanto al absurdo aparente, un ejemplo en una estrofa del poema "Amor patria mía": "Ocurrió en medio del camino de la Poesía / a la hora en que me tropecé con doscientos cadáveres / de *poetitas marxianos; 'tonces* tomé mi quinto aire / cogí las curvas como un loco / y como loco me reí de aquellos / que llegaron a la estación de Finlandia / y se regresaron como peces embrutecidos". El absurdo textual, si pudiéramos esclarecerlo, remitiría a la actitud de escritores pseudomarxistas que colgaron la estafeta de la izquierda, en una



-68-

Marcel Proust:

Grave incertidumbre ésta, cuando el alma se siente superada por sí misma, cuando ella, la que busca, es justamente el país obscuro por donde ha de buscar, sin que le sirva para nada su bagaje.

T

También le estremecían los inflamados párrafos que a veces lanzaba contra la aristocracia, la vida mundana, y el snobismo, "que seguramente era el pecado en que pensaba San Pablo al hablar de un pecado que no tiene remisión."

T

Porque creer que una persona participa de una vida increíblemente exigente, cuyas puertas nos abriría su cariño, es todo lo que exige el amor para tratar, lo que más estima, y aquello por lo que cede todo lo demás.

T

Un golpecito en el cristal, como si hubieran tirado algo; luego, un caer ligero y pumpleo, como de granos de arena lanzados desde una ventana de arriba, y por fin, ese caer que se extiende, toma reglas, adopta un ritmo

-69-

y se hace fluído, sonoro, musical, incesante, universal: llueve.

T

Y desde aquel instante ya no necesitaba yo andar, el suelo andaba por mí en aquel jardín donde hacía tanto tiempo que la atención voluntaria había dejado de acompañar a mis actos: la Costumbre acababa de cogerme en brazos y me llevaba a la cama como a un niño pequeño.

T

A media altura de un árbol indeterminado, un pájaro invisible, ingeniándose en hacer más corto el día, exploraba con una prolongada nota la soledad circundante, pero debajo está una réplica tan sonámbula, le devolvía un golpe tan redoblado de silencio e inmovilidad, que se hubiera dicho como si no lograra más que detener para siempre aquel mismo instante que intentaba hacer más rápidamente pasajero.

T

y como mi imaginación cobraba fuerzas al contacto

Fragmento de un texto de Marcel Proust transcrito por Efraín Huerta, 1933

metáfora alusiva —y aquí está el sentido oculto— a la estación Finlandia del metro moscovita. Es decir, el sentido real y el sentido figurado se traslapan en el humor metaforizado y burlón de Huerta, que bien sabe lo que quiere decir, a quién quiere criticar; o sea, lo que trae en su coleto. Y que de paso, me recuerda en ráfagas, el absurdo de Ionesco.

Me lleva lo dicho a una frase típica de Efraín que le oí repetir cuando se refería a la novia de su gran amigo, y alma de la Imprenta Universitaria, Jesús Arellano. Aludía Huerta a la susodicha novia simplemente como "la ubérrima morena". Con eso bastaba para saber que era alguien de buen ver (digo yo).

La visión de la mujer es un aspecto que de tangencial sube a axial en la obra de Huerta gracias a ese poema doloroso: "La muchacha ebria", resumen de un encuentro vivido o imaginado. Es la revelación, verso a verso, de la identidad femenina consumida en la abyección. Y la abismal tristeza ante esta. Expresa —la comparación es inevitable— una visión revueltiana (por algo José Revueltas era también en cierto sentido un iconoclasta) del sexo ahogado en el poeta por la indefinible culpa; el deseo oscuro que se sumerge en la conmiseración ante el mismo objeto del deseo; la pulsión sexual frenada por la lástima; la conciencia de lo injusto pero inescapable que cuaja en el remordimiento. La tristeza, el llanto, "hecho de vidrio molido", resumido en esta imagen magnífica, digna de Lorca.

La atracción-repulsión del erotismo es rematada por un brindis dolido, sardónico, lejos del brindis del bohemio. El poema como una experiencia de la condición femenina degradada, vivida a través de la Otra. Ella, confiada, generosa, estúpida, poéticamente es ennoblecida mediante ocasionales metáforas, consustanciales a la sublimación: "orquídea martirizada"; "mariposa". Ella y las muchachas de su condición son "fúnebres gardenias despedazadas en el umbral de las cantinas". Y en el caos expresivo del poema, una leve, lejana alusión a la santidad ("era una santa noche": ¿o acaso una ironía?), anulada inmediatamente por la comparación violenta y precisa: "su boca que sabía a taza mordida por dientes de borrachos". Esta especie de elegía furiosa de la muchacha ebria podría en partes, virtualmente, devenir emblema feminista en cuanto lamentación de la condición de la prostituta. Poema sobrecogedor, me recuerda escenas de una película, no recuerdo cuál exactamente, en la que Juliette Binoche es un ser devastado por el oficio, escarnecido. La mujer rota.

De lo lúdico en la vida real y la poesía heroica

Vuelvo a lo lúdico. Alusiones iban y venían; chistes, chismes, convivio y retozo en los años de Efraín, como cuando una noche, tras una conferencia que alguien impartía en la colonia Juárez, en grupo nos lanzamos a

saludar y reverenciar nada menos que al Tláloc de Coatlinchán, la gran estatua del dios que había sido descubierta y trasladada al D. F., y colocada en algún punto de la fachada del Museo Nacional de Antropología, en el Paseo de la Reforma. Corrían los principios de los sesenta; danzamos, cantamos ante el dios, y la expedición festivo-punitiva resultó tan gozosa que de ella brotó un poema de Efraín Huerta sobre el Tláloc de Coatlinchán, una de cuyas partes dedicó a Salvador Amelio y a quien esto suscribe, lo que me hizo sentir honrada. Precisamente, un fragmento del poema es reproducido en su *Antología poética* (de publicación posterior a la *Poesía completa*) con el título "Agua del Dios". Me remito a unos renglones: "Agua espesa, divinamente pantanosa, / agua de olvido, espejo de tinieblas, agua donde penetra el alma, nada se oye [...] Agua —como la patria— abierta en canal. Patria bárbara y militar / dejada de la mano de los dioses / fugitiva del agua que todo lo purifica. / Patria nuestra muerta de rocío / y yerbas pisoteadas por asesinos y ladrones / y después más ladrones y más / y más y nunca terminan asesinos / y carceleros, oh dios, / oh amada, desventurada / patria cárcel..." (p. 108).

Se funden la voz del dios Tláloc y la del poeta. Lo que empieza como una implícita teogonía, una suerte de arenga en tono de premonición bíblica, se confirma en alusión a la realidad lastimosa que a todos nos rodeaba —nos rodea—, a través de versos de una actualidad tal que provoca escalofrío, para desembocar en la lamentación contundente del escritor que, tal profeta del Antiguo Testamento, se duele por su pueblo y patria metafóricamente encarcelados. Líneas de una vigencia pasmosa, nos golpean como lectores y en cuanto al texto poético nos envían a los versos magníficos de "El Tajín"; la poesía social de "Avenida Juárez", en que llora por el Benito Juárez del Hemiciclo sofocado en mármol por las biblias del imperialismo; o su magnífico "Amor, patria mía", en donde entrevera la cronología heroica de Hidalgo, Morelos, Allende y Aldama con el erotismo, la "dulce entrega / sobre diamantes y musgo" que permite sobrellevar el quirófano y el olor de hospital al "último cisne" de Darío (es decir, a Efraín mismo). El poema culmina con tres versos certeros, iluminadores: "la temerosa y vibrante / llanura de sombras / que es / nuestra patria" (p. 155). Como Bernardo de Balbuena en la *Grandeza mexicana*, Francisco Cervantes de Salazar en sus *Diálogos México 1554*, Efraín Huerta en su obra poética, en "Amor, patria mía" es el cantor de un México que ya no será sólo la ciudad de los poetas del XVI, sino en el XX, el páramo enorme de sentimientos, amores y dolores que pregonara López Velarde. México, la patria, es también erotismo y terciopelo, regazo de la amada que acoge al hombre antes del tránsito final hacia el Hades. Viajero del aire, el agua, la tierra el fuego y la Poesía.

Efraín Huerta, poeta, en este su primer centenario.

Texto leído en el homenaje *Efraín Huerta. El poeta del alba*, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, el 22 de mayo de 2014.

Efraín Huerta en el puente George Washington, Nueva York, 1949